

Habla.

(Del lat. *fabŭla*).

1. f. Facultad de hablar. *Perder el habla*.
2. f. Acción de hablar.
3. f. Manera especial de hablar. *El habla de un niño*.
4. f. *Ling.* Realización lingüística, por oposición a la lengua como sistema.
5. f. *Ling.* Acto individual del ejercicio del lenguaje, producido al elegir determinados signos, entre los que ofrece la lengua, mediante su realización oral o escrita.
6. f. *Ling.* Sistema lingüístico de una comarca, localidad o colectividad, con rasgos propios dentro de otro sistema más extenso.
7. f. desus. Razonamiento, oración, arenga.

Fábula.

(Del lat. *fabŭla*).

1. f. Breve relato ficticio, en prosa o verso, con intención didáctica frecuentemente manifestada en una moraleja final, y en el que pueden intervenir personas, animales y otros seres animados o inanimados.
2. f. Cada una de las ficciones de la mitología. *La fábula de Psiquis y Cupido, de Prometeo, de las Danaides*.
3. f. En las obras de ficción, trama argumental.
4. f. Rumor, hablilla.
5. f. Relación falsa, mentirosa, de pura invención, carente de todo fundamento.
6. f. Ficción artificiosa con que se encubre o disimula una verdad.
7. f. mitología.

8. f. Objeto de murmuración irrisoria o despreciativa. *Fulano es la fábula de Madrid.*
fábula -ae f.: rumor, conversación popular, habladuría (*per urbem f. quanta fui!*, ¡lo que he dado que hablar en la ciudad!) || conversación familiar o privada, || leyenda, mito, narración poética [sin fundamento histórico] || pieza teatral (*fabulam dare*, representar una obra teatral; *fabulam aetatis peragere*, representar hasta el final el drama de la vida) || cuento, fabula, apólogo (*lupus in fabula*, es lo del lobo de la fábula).

φήμη .- voz, dicho, palabra, lenguaje; aviso, advertencia, anuncio, predicción; ruido; rumor; noticia, mensaje, recado; fama, nombre, reputación, opinión [buena o mala]. También, **φημί** (hablar), **φωνή** (sonido), —estos dos términos tienen muchísimas acepciones y usos—.

¹ Aunque la RAE coloca el acento breve sobre la “ü”, el Diccionario Ilustrado Vox, Latino-español acentúa la primera “ä”.

No me representas Tu habla no es mi habla ni tu fábula la mía

Hasta nosotros mismos deberíamos callarnos y dejar que sus voces ocupasen este espacio; porque una cosa es que se hable de ellos —poco— y otra muy distinta que hablen ellos.

Porque nos gastamos contemplando nuestra bondad, mirando en el espejo nuestro ofendido gesto —lánguidos narcisos— cuando gritamos: “no hay derecho”; para, en el acto, ceder al refugio cuatro escuálidos fardos de ropa vieja y gastada o dejar en una esquina, ruidosamente, nuestra calderilla.

Y ellos, avergonzados y callados, aguardando en filas implorantes de piedad y misericordia, sin albergar apenas un sentimiento de pertenencia a la raza humana.

Los políticos les han tomado la palabra y, en su nombre, pronuncian una retahíla de vaguedades o un sinfín de numéricas promesas que, según ellos, apuntan hacia la luz al final del túnel. Los políticos se sienten autorizados para hablar en nombre de los desposeídos. Incluso se sienten obligados a hacerlo en su lugar porque ellos conocen el drama, la fábula, mejor que quienes padecen tal abandono. Por ello, ahora pretenden amordazarlos para que no puedan sentir la tentación de abrir la boca. Sin voz, sin derecho a manifestarse, sin poder exigir cuentas y sin señalar a sus verdugos, sin derecho a rebelarse... Pronto los veremos marcados (igual que los judíos en aquellos guetos). Ya veis, los señalados serán ellos tras perder su derecho a señalar. Así los veremos recorrer las calles, callados, silenciosos, luciendo su inconfundible y apestosa etiqueta: “chusma”. Y después, silencio...

Abres el periódico, enciendes la radio o la televisión, participas en las redes sociales, comentas en el *whatsapp* o en la barra del bar... Rebotante de compasión, te desahogas... Y tus hermanos desposeídos callan, se avergüenzan como si sus derechos los hubiesen perdido en un acto de justicia...

Ese es el silencio que puebla los medios de comunicación y las aceras, que siempre ahogan la voz de los desposeídos en el rincón más perdido de su espacio y de su tiempo. No conocemos, pues, el habla de los desposeídos. Tenemos que armarles de palabras propias, tenemos que hacer que sean escuchados o que sean ellos quienes nos callen a todos para siempre. Armarles con la voz, con la palabra... Mientras, nosotros, mudos, escuchando, alentando la voz del pueblo que solo pide, como hiciese Blas de Otero, “la paz y la palabra”.

Corramos el riesgo de que nos espeten: “No me representas. Tu habla no es mi habla ni tu fábula la mía”. Seamos humanos.